

R

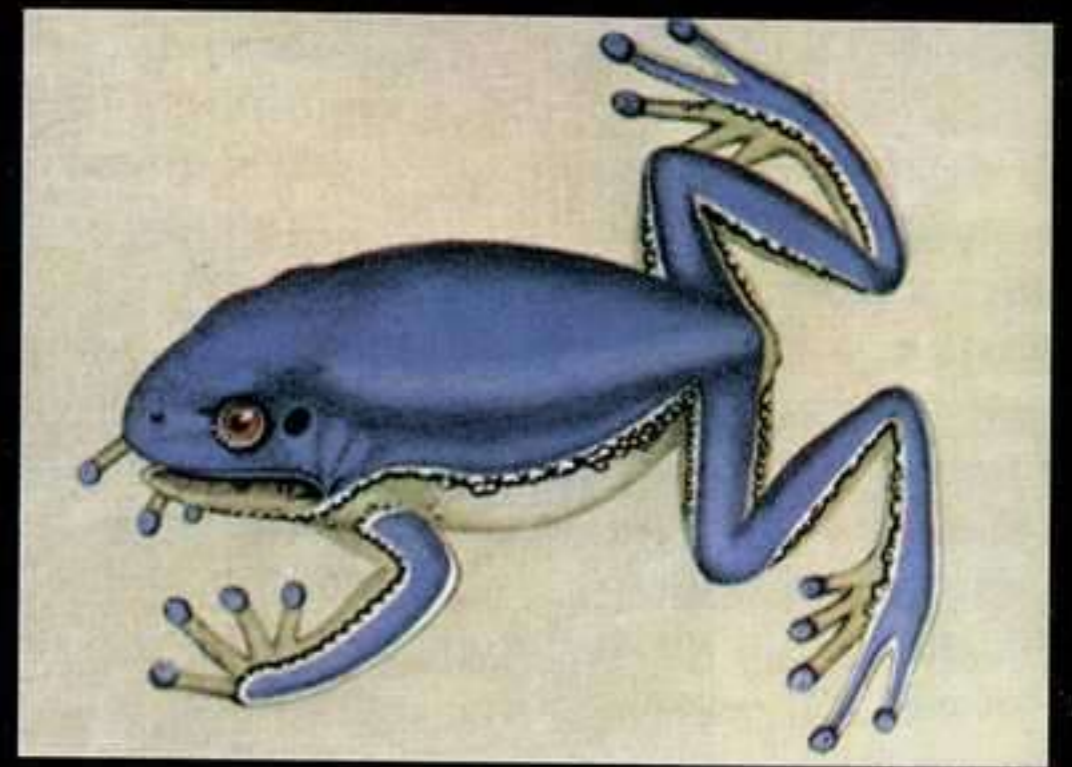
ranas

rata

ratón

rinoceronte

ruiseñor



Aloys Zötl Rana 1831



Andy Warhol Rinoceronte 1983

S

salamandra

saltamontes

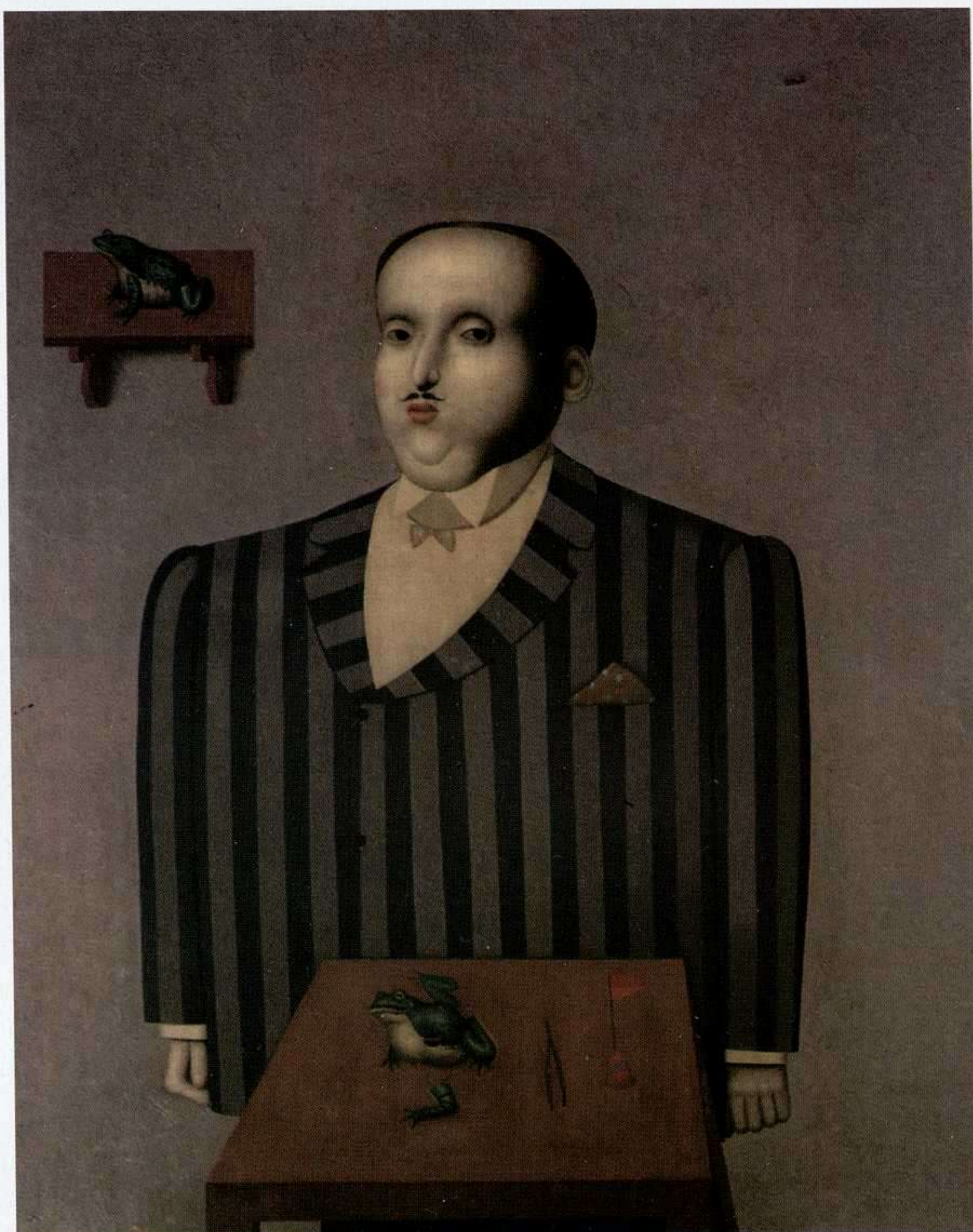
sapo

serpiente

simio



Henry Rousseau
La encantadora de serpientes 1907



Juan Béjar Embalaje 1992

**Las ranas se tiran al
estanque como si se
echasen al correo**

Ramón Gómez de la Serna

Carlos Marzal

EL CIELO DE LAS RATAS

Rumbo hacia el interior, al noroeste,
a unos treinta tortuosos kilómetros
de Valencia ciudad, hay una casa
que levantó, para que perdurase,
hace cien años ya, mi bisabuelo.
Viejas fotografías, muros viejos,
remotas humedades que parecen
ser la esencia de un tiempo irrepetible y muerto,
con rutas a caballo, con aljibes,
con tipos corpulentos de bigotes adustos,
y la tuberculosis, y ultramar.

Durante los veranos, sirvo al rito
mediante el que la casa nos acoge,
desdeñosa y altiva, generación tras otra.
Algunas veces, en la opulenta noche,
he escuchado los pasos de las ratas
que oscuras deambulan,
reinas del cielo raso.
Nadie sabe en verdad por dónde entran,
pero no son el fruto de un mal sueño.
Yo no sé si las oyó mi padre
ni el padre de su padre.

En ocasiones,
creo que la humedad, las ratas,
el tiempo detenido
son los dueños del viejo caserón,
no yo ni mi familia,
y que aguardan, pacientes,
que transcurra el verano de todos los veranos,
que nosotros pasemos
a ser una fotografía más en la pared,
y un muerto más del árbol familiar,
lejos del paraíso prometido,
puesto que encima de nuestras cabezas,
en el cielo, es de noche,
y en él las ratas rinden
salvaje adoración
a su dios nauseabundo.



Vincent Van Gogh Dos ratas 1884

Rosa Romojaro

RATAS EN EL JARDÍN

Allí estaba entre ramas. Sigilosa.
Oscura sobre el blanco de la cal.
Luego, corriendo en la cornisa. Luego,
el cerco de su ojo, amarillo en la sombra,
saliendo del macizo. Y allí, otra vez, los dos,
con las manos cogidas, sabiendo que una rata
sola no hace septiembre, mirándonos perplejos.

Guillermo López Lacomba

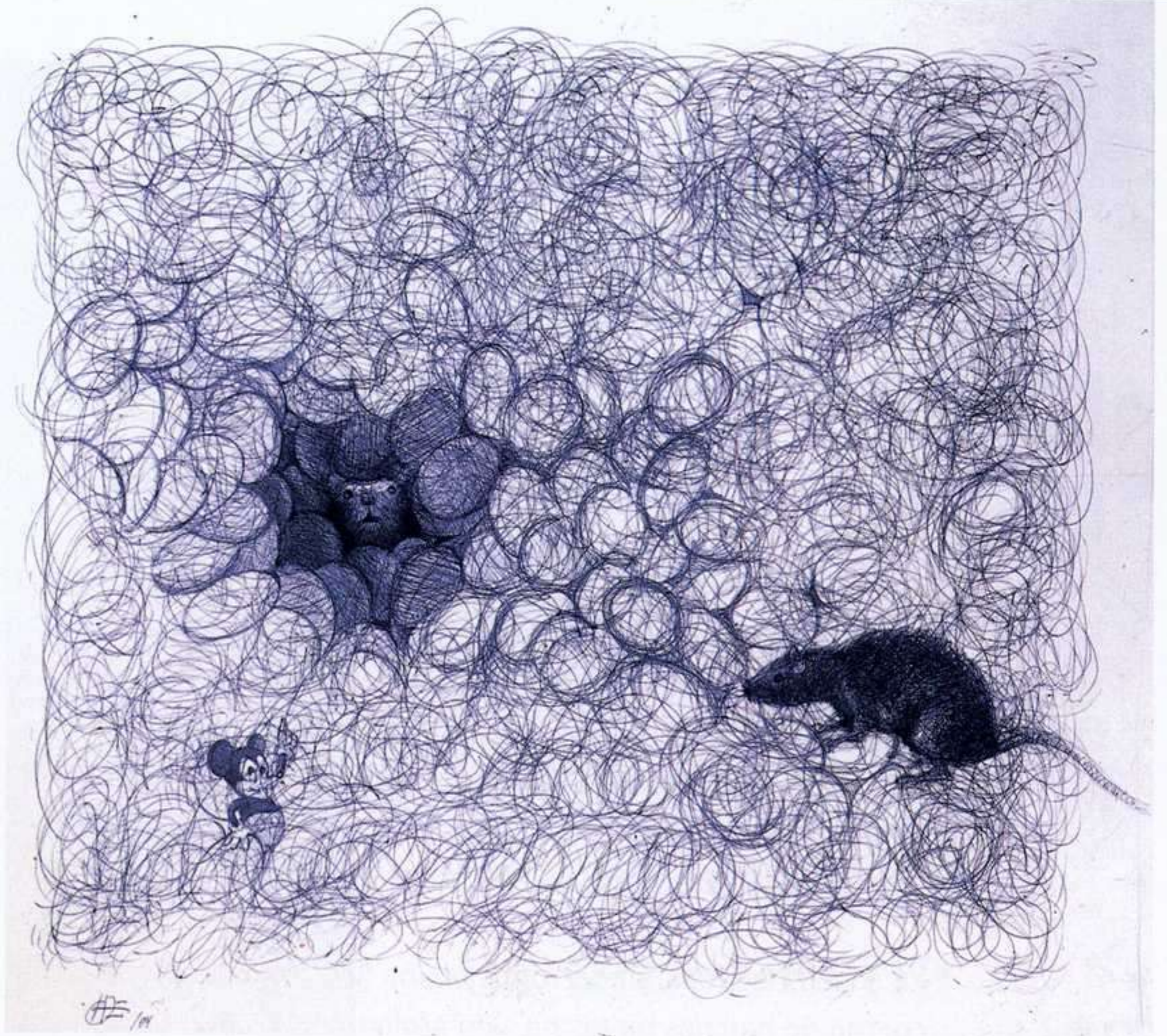
EL FLAUTISTA DE HAMELÍN

Aquí sólo quedamos
la rata sorda y yo.

¡Tan torpe como soy,
jamás supe seguir
los pasos de una flauta!...



Katharina Fritsch El rey de las ratas 1993



Luis Feria

Chema Lumbreras Buenos días Señor Micky 2004

LOS RATONES

En la penumbra del anochecer se oía comadrear, trajinar, trasegar, bultos ocultos que se desplazaban. Toda la casa era ratón.

¿Y por qué no querían ser amigos nuestros? Aquella caterva de charranes merodeaba por todas partes, lo husmeaba todo, nos atisbaban con su ojito volón, el diente pronto, el bigote enviscado, la pata pirata.

Estaban celebrando conciliábulos. Nos quedábamos inmóviles, con el aliento contenido. Al fin, creyendo que no los observábamos, se entreasomaban descompuestos, temblando de recelo, bullían, se desplegaron, decidían avanzar.

Pero no había modo de acercarnos, de hablarles; al menor intento, vistos y no vistos: la tribu se ocultaba velozmente. Estaba claro que no querían nada con nosotros. Y encima nos tomaban el pelo; al huir, dejaban en el suelo una ristra de diminutas, insolentes, burlonas cagarrutas.

Juan José Arreola

EL RINOCERONTE

El gran rinoceronte se detiene. Alza la cabeza. Recula un poco. Gira en redondo y dispara su pieza de artillería. Embiste como ariete, con un solo cuerno de toro blindado, embravecido y cegado, en arranque total de filósofo positivista. Nunca da en el blanco, pero queda siempre satisfecho de su fuerza. Abre luego sus válvulas de escape y bufa a todo vapor.

(Cargados con armadura excesiva, los rinocerontes en celo se entregan en el claro del bosque a un torneo desprovisto de gracia y destreza, en el que sólo cuenta la calidad medieval del encontronazo.)

Ya en cautiverio, el rinoceronte es una bestia melancólica y oxidada. Su cuerpo de muchas piezas ha sido armado en los derrumbaderos de la prehistoria, con láminas de cuero troqueladas bajo la presión de los niveles geológicos. Pero en un momento especial de la mañana, el rinoceronte nos sorprende: de sus ijares enjutos y resecos, como agua que sale de la hendidura rocosa, brota el gran órgano de vida torrencial y potente, repitiendo en la punta los motivos cornudos de la cabeza animal, con variaciones de orquídea, de azagaya y alabarda.

Hagamos entonces homenaje a la bestia endurecida y abstrusa, porque ha dado lugar a una leyenda hermosa. Aunque parezca imposible, este atleta rudimentario es el padre espiritual de la criatura poética que desarrolla, en los tapices de la Dama, el tema del Unicornio caballeroso y galante.

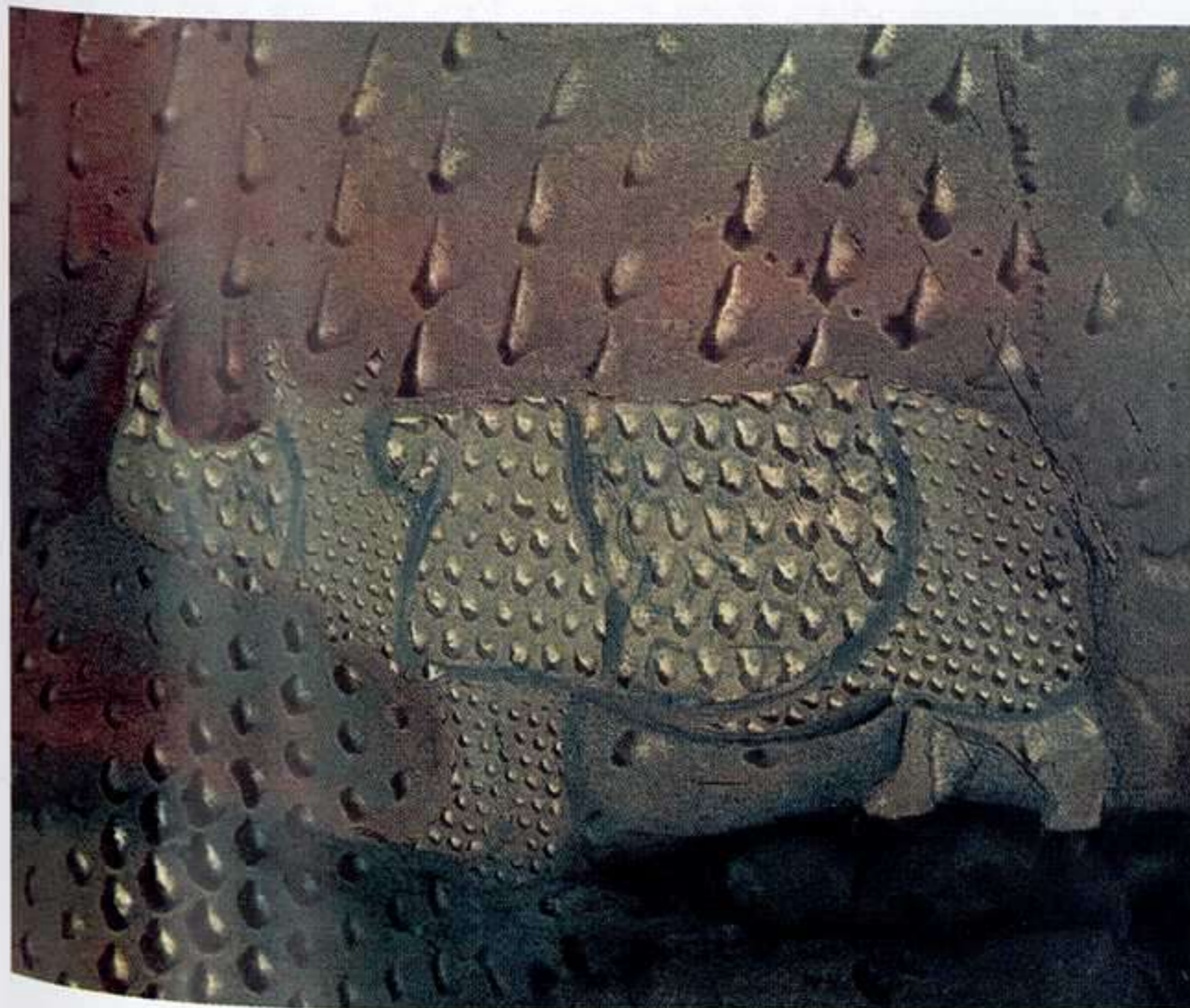
Vencido por una virgen prudente, el rinoceronte camal se transfigura, abandona su empuje y se agacela, se acierva y se arrodilla. Y el cuerno obtuso de agresión masculina se vuelve ante la doncella una esbelta endecha de marfil.



El rinoceronte es una bestia melancólica y oxidada

Juan José Arreola

Mato (Bernard Malquis) Meeting with the
Councillors (Detalle) S.XX



Salvador Dalí Rinoceronte 1970



José Mateos

EL RUISEÑOR DE KEATS

¿El canto de aquel ruiseñor que escuchó Keats en mil ochocientos y pico lo hubiera escuchado, por ejemplo, dos siglos antes?

Probablemente sea cierto que el ruiseñor canta ahora igual que hace siglos. Sin embargo para nosotros, que estamos hechos de historia y que no podemos oír al ruiseñor sin dejar de oír también lo que otros han dicho del ruiseñor, es como si cantase siempre otro cantar, otra melodía, porque cada cierto tiempo el hombre que lo escucha es diferente.

Rafael Juárez

Esos pájaros negros
son los ruiseñores
de la melancolía.
No viven en los sotos.
De olivo a olivo saltan
y anidan en los techos
de casas donde hay nadie.
Su canto es silencioso.
Hoy los he visto en Nívar.
Marzo estallaba en yemas.

RUISEÑOR

Surtidor A media noche gotea sol

Francisco Pino

Cima del canto.
El ruiseñor y tú
ya sois lo mismo

José Ángel Valente

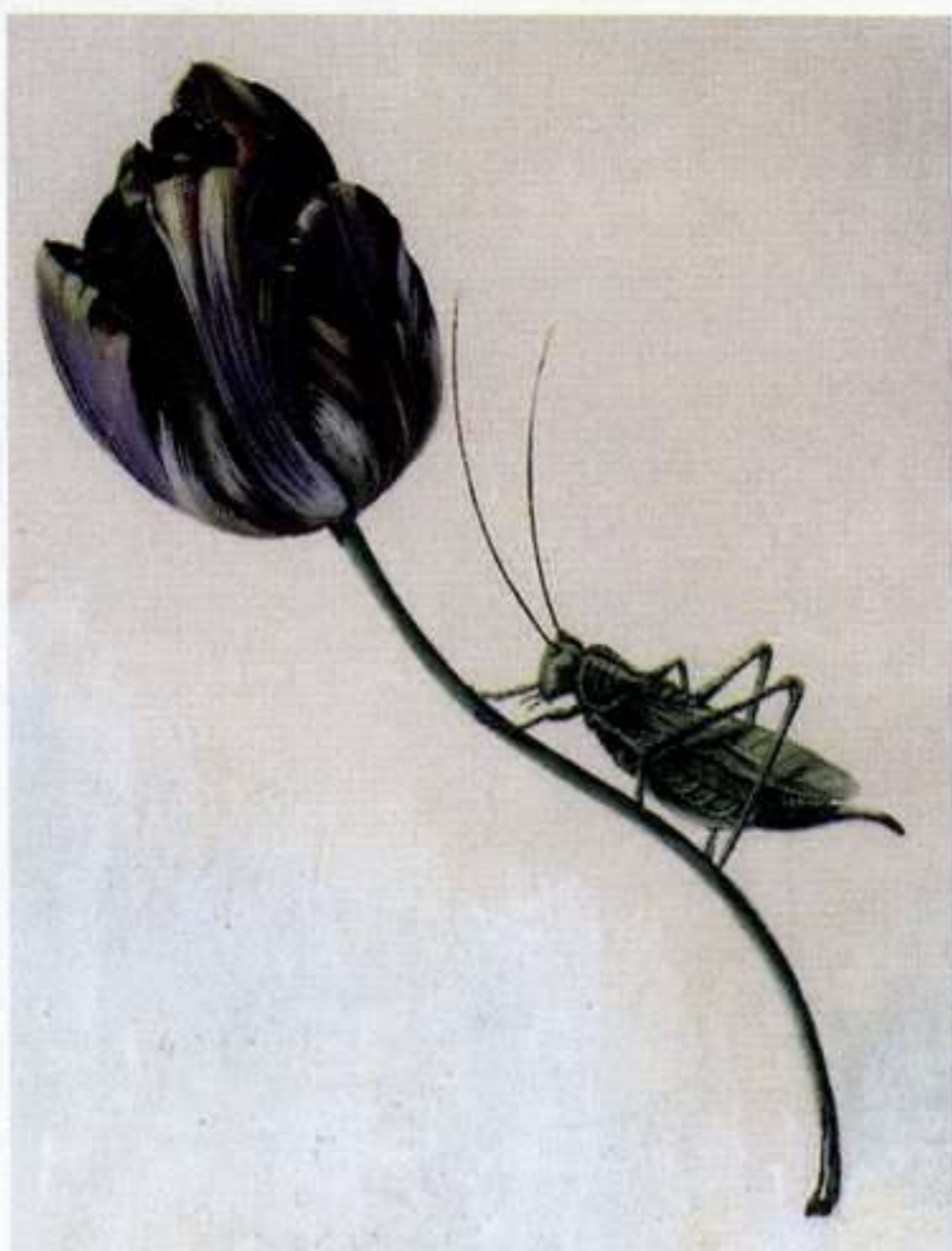
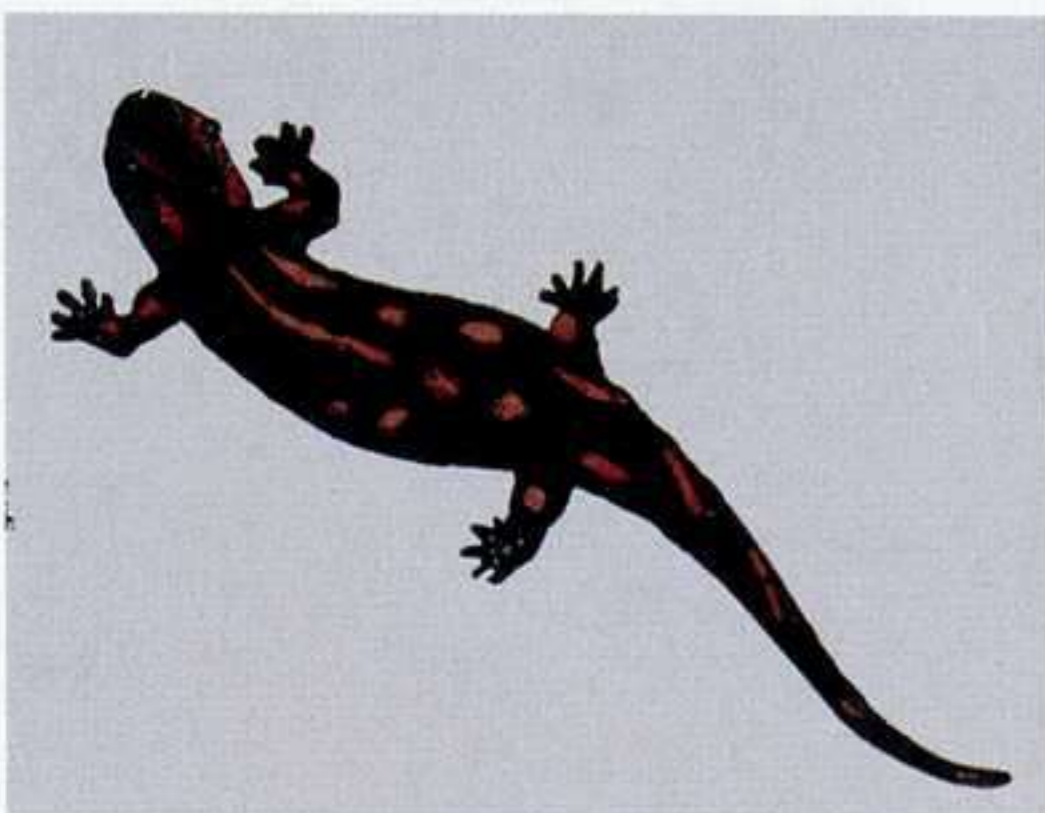


Joan Miró El canto del ruiseñor a medianoche
y la lluvia matinal (Detalles) 1940

María Victoria Atencia

LA SALAMANDRA

Era yo muy pequeña en aquel tiempo de zozobra -pero no lo sabía-, y mis miedos eran también pequeños, si llegaba a sentirlos: coleccionaba piedras pequeñas de colores y me quedé olvidada a la orilla del cauce junto a unas piedras vivas idénticas al broche que adornaba el vaivén del pecho de mi tía.



Joseph Pierre Redoute S.XIX

El saltamontes es una espiga escapada que ha comenzado a dar brincos

Ramón Gómez de la Serna

Lorenzo Gomis

LOS SAPOS

EL día, como un globo, se ha apagado,
se ha deshecho, silbando despacito,
silbando despacito como un golfo.
Ni día ya ni nada. Las familias
han vuelto a casa, dulces como el agua
de la playa, que besa, que regresa.
Nadie protesta, nadie. Poco a poco
todos fueron pasando, complacidos,
al cuello de la lenta guillotina
que la vida del hombre corta en lonjas.
Y al fin cruzan los faros, los feroces
coches que corren, locos, a la cama
uno tras otro, heridos, perseguidos.
Ni día ya ni nada. Simplemente
los sapos, honorables, concienzudos,
que silban, soplan, gruñen, soplan, silban,
los sapos y las ranas y las lenguas
que chascan, satisfechas, en la sombra.
Ni día ya ni nada. Chascan, silban
y soplan vacilantes, vuelven, callan
y sacuden la flauta contra el suelo;
y silban, soplan, gruñen, soplan, silban.
Ni día ya ni nada. Sólo sapos,
los sapos en el barro y en el agua,
los sapos que chorrean en la sombra,
los sapos y la noche, simplemente.

José Luis Hidalgo

SAPO

Su comunión con la luna
quiere hacer y no le dejan.

Y cuando logra su sino
empieza a arder la tormenta.

Solo por la noche oscura,
dolor de baba grasienta.

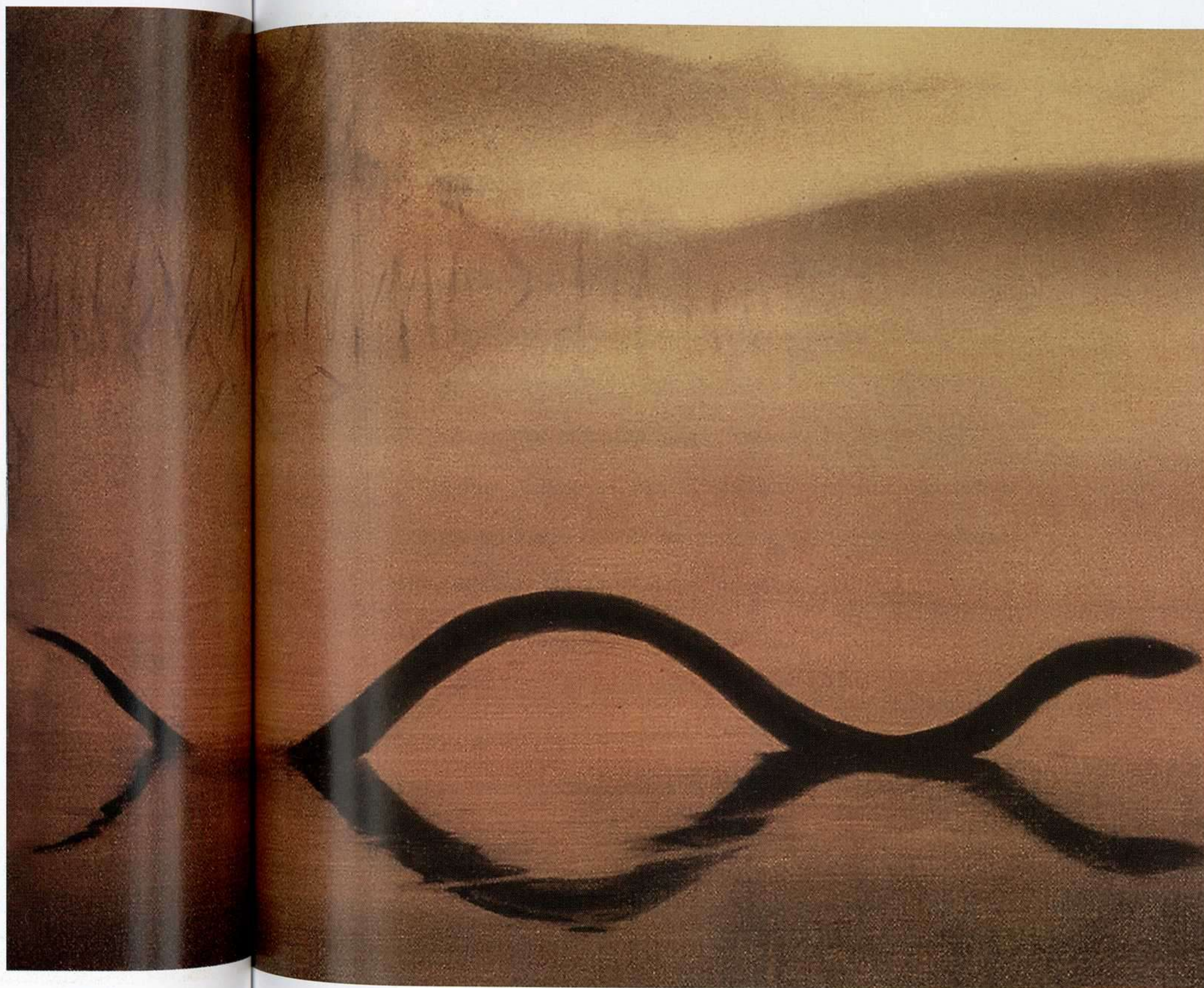
Solo y solo. Noche negra.

Deshecha tiene la luna
en la mitad de la lengua.

Tom Knechtel The toad 1994

Al irte dejas una estrella en tu sitio
Dejas caer tus luces como el barco que pasa
Mientras te sigue mi canto embrujado
Como una serpiente fiel y melancólica
Y tú vuelves la cabeza detrás de algún astro

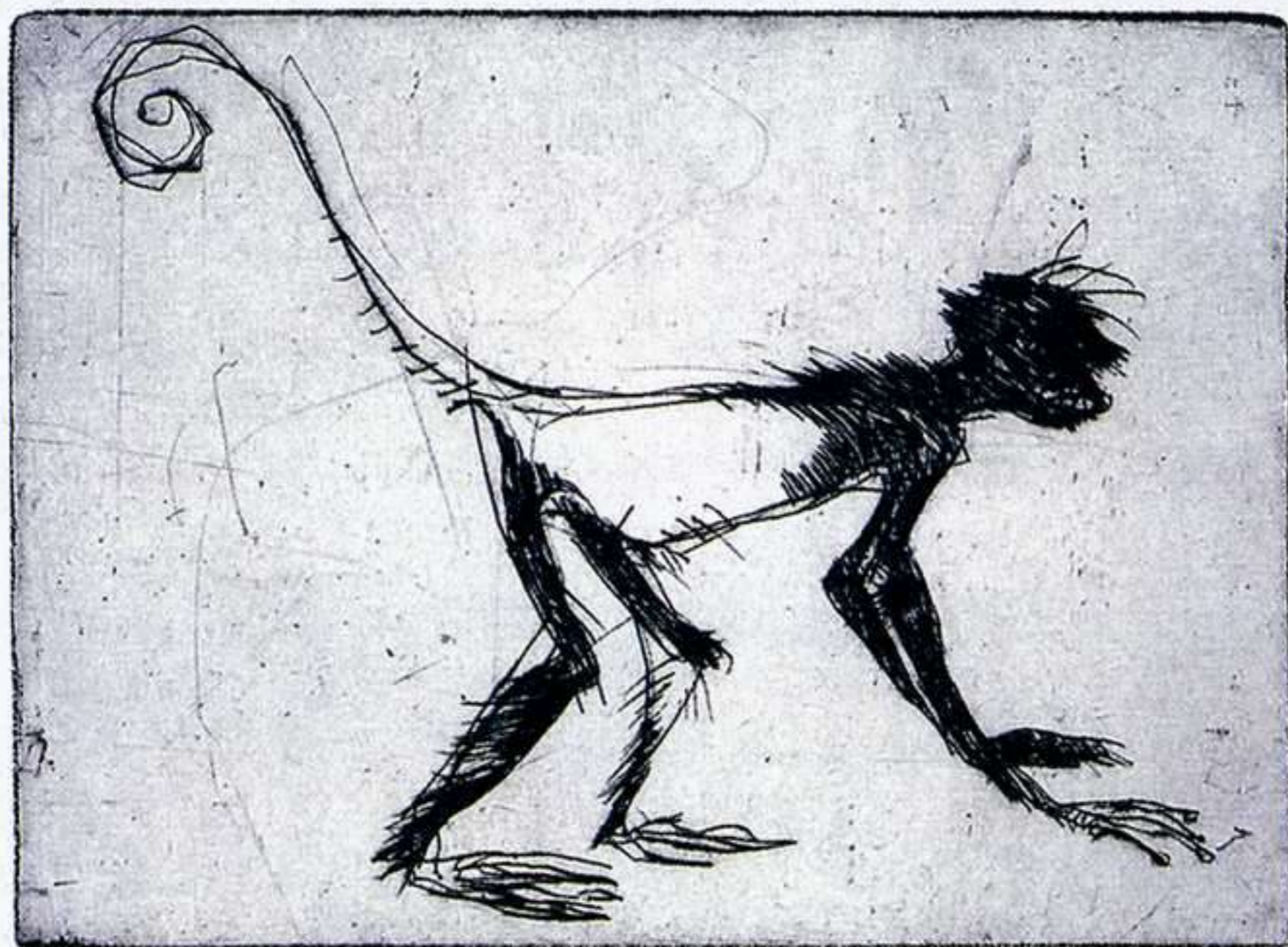
Vicente Huidobro



Rafael Pérez Estrada

SIMIO DISCONFORME

El paraíso perdido, dice Cecil Manning, está en la imaginación angustiada de algunos monos amazónicos que lloran día y noche la desgracia de llegar alguna vez -en la imparable declinación de las especies- a ser homínidos. Las señas maliciosas y torpes que se intercambian en ciertas peleas parecen referirse a la condición del hombre. Muchos de estos simios se niegan a reproducirse, languideciendo en una apática sucesión de amaneceres y ocasos a los que son indiferentes, en tanto otros observan cuidadosos a sus crías, a las que dan muerte al primer destello de inteligencia.



Hans Scheib Mono 1994



Kazumasa Nagai Mono s. xx